

CAMPANAS

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998

PERSONAJES:

EVELINA MENDOZA

66 AÑOS

HÉCTOR DÍAZ

71 AÑOS

ESCENOGRAFÍA:

Pequeña terraza de un condominio de lujo. Muebles de metal y diferentes macetas con flores. Al fondo entrada y ventana a la recámara.

La acción se desarrolla en una colonia de la ciudad de Chicago, Estados Unidos. Es verano. Son las siete de la tarde.

ÉPOCA :

Actual.

MÚSICA:

« Begin de begin » de Cole Porter

Vals “Dios nunca muere” en marimba

**PRIMERO Y
ÚNICO ACTO**

Al abrirse el telón vemos a Héctor vestido con traje formal. Ligerito pero con corbata y saco. Lee el periódico. Entra Evelina que trae un juego de café o té con galletas. Viste bien. Es de día. Hay sol.

MÚSICA:

Se escucha antes de iniciarse la acción la música de la canción “ Begin the begin” de Cole Porter.”

EVELINA.- Te traje té de canela.

HÉCTOR.- Ya sabes que no me gusta.

EVELINA.- Es muy bueno para la digestión.

HÉCTOR.- Que yo sepa no estoy enfermo de nada.

EVELINA.- En cualquier momento podemos enfermarnos, del pulmón, del estómago; más en estos tiempos que...

HÉCTOR.- Déjalo.

EVELINA.- ¿Te sirvo?

HÉCTOR.- No, gracias.

EVELINA.- Es bueno para el calor.

HÉCTOR.- No, gracias.

EVELINA.- Te puedo traer un café.

HÉCTOR.- No quiero nada, gracias. Gracias, gracias, gracias.

EVELINA.- Ya sé, has de querer alcohol, pero eso no tengo.

HÉCTOR.- Fíjate que sí, es lo que más se me antoja; quiero una botella de whisky y dos cervezas.

EVELINA.- No lo dudaría ni un minuto.

HÉCTOR.- ¿Para eso vienes? Quiero leer el periódico.

EVELINA.- Perdona.

HÉCTOR.- Me imagino que me pediste que viniera a la terraza para que nadie no nos oiga, o para respirar el smog de la ciudad o a la mejor para que contemple las azoteas vecinas. Esas ya me las sé de memoria.

EVELINA.- En estos departamentos tan pequeños todo se oye. Perla está en la recámara.

HÉCTOR.- ¿Ya no lo llamas condominio? Antes siempre lo presumías. “Ya me compré un condominio”, “te invito a conocer mi condominio”, “¿ya conoces mi condominio?”, “me compré un condominio con mi dinero, no con el que me da mi marido”.

EVELINA.- Así fue ¿no?

HÉCTOR.- No lo compraste con lo que te daba, lo compraste con lo que me quitaste.
Cosa bastante diferente.

EVELINA.- Lo compré con lo que nos tocó de jubilación a los dos, con mi dinero, no sólo con el tuyo.

HÉCTOR.- Con lo mío.

EVELINA.- De los dos.

HÉCTOR.- Mi parte fue mucho más alta.

EVELINA.- Eso no tiene nada que ver. Si tú pusiste....

HÉCTOR.- Está bien, es tuyo.

EVELINA.- Tampoco mío, de los dos.

HÉCTOR.- Bueno, para qué me quieres, para qué tanto secreto. .

EVELINA.- ¿No lo sabes?

HÉCTOR.- Contigo nunca se sabe nada. Puedes decir que porque te duele la cabeza, porque piensas que el vecino quiere violarte, porque te subieron las cuotas del edificio, para enseñarme lo que compraste en el último sale del mall o simplemente para pelear. ¿Cuál es de todo esto?

EVELINA.- Nunca hablo para nada de todo eso.

HÉCTOR.- ¿Estás segura?

EVELINA.- Quiero hablar de nuestra hija.

HÉCTOR.- ¿De cuál de las dos?

EVELINA.- Eloisa está bien casada y no tiene problemas.

HÉCTOR.- En cambio Perla, nuestra segunda hija, (*Imitando a la esposa*) “que se parece tanto a ti”

EVELINA.- Así es.

HÉCTOR.- ¿Qué hizo ahora mi querida hija? ¿Ya tiene otro amante o se va a divorciar por tercera vez? ¿Eso te vino a decir?

EVELINA.- Sigue tomando todo a broma y verás que un día de estos...

HÉCTOR.- A ti siempre te ha molestado lo que hace Perla. ¿No será que la envidias? Ella es libre.

EVELINA.- No vamos a hablar de mí.

HÉCTOR.- Menos mal ¿Qué hizo Perla?

EVELINA.- ¿Por qué no preguntas por tu otra hija, por Eloisa y por sus hijos? También

es tu hija y ellos tus nietos.

HÉCTOR.- Me acabas de decir que ella está bien. Quién te entiende.

EVELINA.- Así es, pero merece que al menos la nombres. Jamás le haces caso.

HÉCTOR.- Y dale... ¿Nunca en tu vida podrás hablar directamente? Empiezas con una cosa, sigues con otra.... ¿Qué con Perla?

EVELINA.- Que no estoy de acuerdo en su modo de educar a nuestros nietos, tú tienes que hablar con ella. A ti sí te hace caso. Aprovecha ahora que vino. A ti siempre te obedece.

HÉCTOR.- Sí, cómo no.

EVELINA.- Háblale de la educación, de la educación de los hijos, de lo que es bueno para ellos. Ella...

HÉCTOR.- Me ibas a decir cómo los educa. Aunque por tu forma de decirlo sería más correcto usar la palabra deseduca. ¿No es así?

EVELINA.- Bien sabes que eso es lo que hace. Con sus hijos adiós educación, adiós principios morales, adiós todo lo correcto. Que Nancy llegue a la hora que se le antoje y cambie de pareja a cada rato, que Arturito se vaya de la casa varios días con quién sabe quién. No sería nada difícil que se junte con drogadictos o cosas peores. Y eso que no te he dicho cómo contestan a sus padres, cómo se visten, cómo se peinan. Ayer, sin ir muy lejos, les pregunté que si siguen acudiendo a misa...

HÉCTOR.- Y a comulgar.

EVELINA.- Sí, eso también.

HÉCTOR.- De seguro los dos se rieron de ti.

EVELINA.- Se rieron. Punto.

HÉCTOR.- ¿Algo más?

EVELINA.- ¿Se te hace poco todo lo que te he dicho?

HÉCTOR.- ¿Te consta todo eso?

EVELINA.- Sí.

HÉCTOR.- ¿Todos los amigos de Arturo son drogadictos?

EVELINA.- Bueno...

HÉCTOR.- ¿Los jóvenes que acompañan a Nancy no son sus compañeros de high school?

EVELINA.- No lo sé.

HÉCTOR.- Tú siempre queriendo ver moros con tranchete.

EVELINA.- Veo la realidad, por no verla luego vienen las consecuencias.

HÉCTOR.- ¿Cuáles?

EVELINA.- Embarazos, enfermedades, muertes.

HÉCTOR.- Se nota que ves mucha televisión.

EVELINA.- Claro que la veo y por verla me doy cuenta de muchas cosas.

HÉCTOR.- Sobre todo de las baratas en las tiendas. Sale de Navidad, sale de día de gracias...Big sale.

EVELINA.- ¿No podemos hablar cinco minutos como gente adulta?

HÉCTOR.- Parece que no.

EVELINA.- Podemos hacer un esfuerzo.

HÉCTOR.- Ya lo hice mucho tiempo.

EVELINA.- (*Respira para controlarse. Pequeña pausa*). Si tú lo dices.

HÉCTOR.- ¿Piensas que no?

EVELINA.- Vamos a hablar de Perla ¿quieres?

HÉCTOR.- No, no quiero, tú deseas una cosa para ella, yo lo contrario.

EVELINA.- Pensé que amabas a tus nietos.

HÉCTOR.- A ellos no los metas en esto.

EVELINA.- Serán los más dañados.

HÉCTOR.- Pues mala suerte.

EVELINA.- ¿Es tu última palabra?

HÉCTOR.- Qué importa si lo es o no. Perla no te va a hacer caso a ti ni a mí. Entiéndelo de una vez. Recuerda solamente su divorcio. Ahí voy, por hacerte caso, a hablar con ella, a decirle que no se separara, que pensara en sus hijos, que más vale una vida de pleitos que tener unos hijos sin padre, que la familia, que la sociedad, que la iglesia... y todas esas pamplinas. Me dolió enormemente su risa y su extrañeza de que yo dijera todas esas mafufadas. Pocas veces me he sentido tan mal.

EVELINA.- Le dijiste la verdad.

HÉCTOR.- Le dije puras mentiras, yo tampoco creo en nada de eso, ni en la familia, ni en la sociedad o en la iglesia. El estar divorciada no modifica para nada a su familia y menos a los muchachos. Conozco miles de personas que viven y triunfan a pesar de no tener un padre presente.

EVELINA.- Pues yo conozco mucho más que son infelices, sin ir más lejos ahí tienes el caso de Catalina, tu hermana.

HÉCTOR.- Tú no lo fuiste.

EVELINA.- Ya sabía que lo ibas a decir. Mi caso es totalmente diferente. No tuve padre porque éste murió en un accidente. Es muy distinto el caso cuando un padre abandona a la familia. Mi madre...

HÉCTOR.- Tu madre fue como todas las madres. O dejan que sus hijos se mueran o los sacan adelante. No hay de otra.

EVELINA.- Perla depende mucho de lo que tú le das; si la amenazas con no darle, con no ayudarla económicamente, si...

HÉCTOR.- Qué poco me conoces a pesar de haber vivido treinta y ocho años juntos, y eso sin contar los largos años de noviazgo.

EVELINA.- Los nombras como si hubieran sido un sacrificio.

HÉCTOR.- No, no lo fueron, pero sí fueron una pérdida lamentable de tiempo. Cinco años. Cinco años de ir a tu casa a tomar té y no a tomarte a ti como se acostumbra ahora.

EVELINA.- Es un mal chiste.

HÉCTOR.- Malo porque es la verdad.

EVELINA.- Fueron unos años muy hermosos, al menos para mí. Recuerda cuando íbamos a dar vueltas los domingos a la plaza. Todavía escucho las campanas de la iglesia.

HÉCTOR.- Yo lo que recuerdo son pláticas eternas con tu familia, idas a misa los sábados y domingos, paseos todos juntos, sentarnos en la puerta de la calle en mecedoras a ver pasar el tiempo. Cero besos, cero abrazos, cero forma de conocernos. La primera vez que me atreví a tocarte el pecho fue un mes antes de la boda.

EVELINA.- ¡Héctor!

HÉCTOR.- Por favor, no me salgas ahora que te ruborizas por eso.

EVELINA.- Son vulgaridades.

HÉCTOR.- Eso pensabas y aún sigues pensándolo. Cualquier acercamiento era algo malo, un pecado.

EVELINA.- Así me educaron.

HÉCTOR.- De casada seguiste igual. Estoy seguro que cada vez que teníamos relaciones tú ibas a confesarte al día siguiente por el grave pecado cometido. ¿No es así? A ver, dilo si te atreves.

EVELINA.- ¿Lo estás preguntando en serio o te estás burlando?

HÉCTOR.- Soy incapaz de lo último.

EVELINA.- Mil veces te he pedido que con mis creencias no te metas.

HÉCTOR.- Pensé que con venimos a vivir a este país ibas a cambiar, que dejarías todos los golpes de pecho de una vez por todas, pero no fue así.

EVELINA.- Una es como es aquí, en México o en China.

HÉCTOR.- Mentira, ve a tus hijos, ellos son muy diferentes. Ellos son libres.

EVELINA.- ¿Y de qué les sirve esa dichosa libertad que tú tanto nombras? ¿Piensas que son felices?

HÉCTOR.- La felicidad cada quien la entiende de diferente manera, para ti la felicidad es tener dinero, dólares.

EVELINA.-¿ Y para ti qué es? ¿Emborracharte como lo haces? En este país eres libre para hacerlo. ¡Gran cosa!

HÉCTOR.- ¿Cuándo me emborracho?

EVELINA.- Sin ir más lejos el sábado pasado.

HÉCTOR.- ¿Ni en mi propio cumpleaños puedo tomar? Dices que aquí hay libertad y tú eres la primera en querer quitármela. Lo que tiene uno que oír.

EVELINA.- Una cosa es tomar una copa o dos a...

HÉCTOR.- ¿A?

EVELINA.- Me choca el olor a alcohol.

HÉCTOR.- Y a mí me choca el olor a naftalina.

EVELINA.- Si no la pongo se pudre la ropa.

HÉCTOR.- Si no tomo mi copa me pudro yo.

EVELINA.- Mira, hasta ahora descubro que tienes sentido del humor.

HÉCTOR.- Si no lo tuviera quién sabe desde cuando hubiera arrojado la toalla.

EVELINA.- ¿Lo dices por algo?

HÉCTOR.- Por nada.

EVELINA.- ¿Vas a hablar con Perla?

HÉCTOR.- No sé de qué, pero si tú quieres.

EVELINA.- La voy a llamar. No dejes de decirle lo de sus hijos. Yo no estoy de acuerdo con...

HÉCTOR.- Ya me dijiste con lo que no estás de acuerdo. ¡Con todo!

EVELINA.- ¿Quieres que nuestros nietos se parezcan a los muchachos de aquí que sólo les interesa el sexo, las drogas, la violencia, qué no tienen moral, que desprecian a sus familias, qué...?

HÉCTOR.- Nuestros nietos también son de aquí. Recuérdalo.

EVELINA.- Ellos son mexicanos por tener padres mexicanos. Nacieron por pura casualidad en este país.

HÉCTOR.- Te gusta cerrar los ojos a lo que no te gusta. Los dos nacieron aquí en Chicago, estudian aquí, tienen sus novias americanas, entre ellos hablan inglés que es su lengua nativa. ¿Qué de raro tiene entonces que se parezcan a los que tú llamas muchachos de aquí?

EVELINA.- No me gustan.

HÉCTOR.- ¿Tus nietos o los muchachos de aquí?

EVELINA.- Las cosas que hacen mis nietos.

HÉCTOR.- Díselos.

EVELINA.- Si hubieran nacido en Oaxaca, como nosotros.

HÉCTOR.- Serían oaxaqueños y no de Chicago. Así de fácil.

EVELINA.- Tendrían otra educación, otras costumbres.

HÉCTOR.- ¡Gran observación! Pero da la maldita casualidad que a ellos les gusta lo de aquí, acuérdate cuando los llevaste...

EVELINA.- Eran muy chicos.

HÉCTOR.- Nada les gustaba, de todo se enfermaban, de todo lo que veían u oían se burlaban.

EVELINA.- No me lo recuerdes. Pero ahora es distinto.

HÉCTOR.- Ahora es peor. Ellos no van a regresar a México ni aunque se los ruegues de rodillas. Podrán ir de vacaciones, y eso si les dices que van a Acapulco o a alguna playa de moda.

EVELINA.- Yo quiero regresar.

HÉCTOR.- Puedes ir cuando quieras, para eso tienes tus ahorros.

EVELINA.- Regresar para siempre. *(Héctor se pone de pie molesto. Trata de salir de la terraza. Evelina lo detiene. Él vuelve a sentarse).* Quiero volver a mi tierra.

HÉCTOR.- Otra vez la burra al trigo. Ya te he dicho mil veces que no.

EVELINA.- ¿Por qué no? Ahí nacimos, ahí está nuestra familia.

HÉCTOR.- Nuestros hijos y nuestros nietos están aquí.

EVELINA.- Te lo suplico.

HÉCTOR.- ¿No ibas a llamar a Perla para que hablara conmigo?

EVELINA.- Una vez más no quieres hablar.

HÉCTOR.- Eso. No quiero hablar.

EVELINA.-¿ Cuándo lo vamos a hacer?

HÉCTOR.- Nunca.

EVELINA.- Escúchame...

HÉCTOR.- ¿Vas tú por Perla o voy yo?

EVELINA.- Esta bien, yo voy, pero ni creas que vaya a dejar de hablar de eso.

HÉCTOR.- Perderás el tiempo.

Evelina visiblemente molesta sale. Héctor se sienta y trata de leer su periódico. No puede. Se levanta. Se acerca al barandal, se recarga en él. Ve hacia fuera. Se pone derecho, ve hacia el interior del departamento. Busca en sus bolsas. Va a una maceta y de ahí saca una cajetilla de cigarrillos y un encendedor, que tiene escondidos. Saca un cigarrillo y esconde nuevamente la cajetilla. Enciende el cigarrillo. Ve con temor hacia adentro. Fuma. Disfruta enormemente el poder fumar. Da varias chupadas al cigarrillo. Con cuidado lo apaga. Lo esconde al terminar. Ahora contento se sienta a leer. Un momento después entra Evelina. Éste logra oler a cigarrillo el ambiente.

EVELINA.- ¿ Estuviste fumando?

HÉCTOR.- ¿ Yo?

EVELINA.- Que yo vea no hay nadie más aquí.

HÉCTOR.- Cómo crees.

EVELINA.- Huele a cigarro.

HÉCTOR.- Es otra de tus tantas figuraciones o a la mejor están fumando en otro departamento y....

EVELINA.- No es figuración. ¡Tú estuviste fumando!

HÉCTOR.- ¿ Ves cigarras, ves ceniza, ves encendedor o cerillos? ¿Huelo a cigarro? Sólo que fuera mago. (Divertido imita movimientos de mago, se quita un sombrero imaginario, saca conejos, aves, etc. Ríe). ¡Abracadabra, patas de cabra! Qué aparezca un

ratón....ahora una paloma de la paz para comérsola en mole verde...ahora una bolsa con un millón de dólares! ¡Señora, aquí tiene su millón de dólares para que los gaste en la próxima Navidad! ¡Y ahora el máximo acto de magia, de la nada aparecerán una cajetilla de cigarros y unos cerillos!

Héctor hace los movimientos para encontrar la cajetilla. De la supuesta caja saca un cigarrillo, lo enciende, arroja el imaginario humo a la cara de Evelina. Divertido ríe.

EVELINA.- Estoy hablando en serio. El doctor te dijo que si sigues fumando te puede dar otro infarto.

HÉCTOR.- Los doctores dicen muchas cosas y ellos hacen las contrarias. Si fuera tan malo fumar él no lo haría.

EVELINA.- Es un médico joven.

HÉCTOR.- Y eso qué.

EVELINA.- Cómo que qué. Él es joven.

HÉCTOR.- Y yo viejo ¿verdad?

EVELINA.- Dicen que las mujeres somos las que nos quitamos los años pero son ustedes los hombres los que más lloran por llegar a nuestra edad. Nunca quieren que se les diga viejos. ¿Cuánto tiempo impediste que tus nietos te dijeran abuelo? Díganme Héctor, les decías. ¡Eres abuelo y ya estás viejo!

HÉCTOR.- Viejos los cerros y aún reverdecen.

EVELINA.-¿ Fumaste o no?

HÉCTOR.- Claro que no.

EVELINA.- Más te vale.

HÉCTOR.- ¿Y Perla?

EVELINA.- Se fue. Me pidió que la despidiera de ti, que luego te habla por teléfono, te dejó una revista...

HÉCTOR.- ¿Cuál? ¿El play boy?

EVELINA.- Síguete...

HÉCTOR.- ¿No querías que hablara con ella?

EVELINA.- Me pidió dinero y se fue.

HÉCTOR.- ¿Se lo diste?

EVELINA.- Qué querías que hiciera. Dice que es para medicinas.

HÉCTOR.- Y tú dices ser la dura de la familia.

EVELINA.- Es mi hija.

HÉCTOR.- Ya se me antojo el té.

EVELINA.- Ya no es hora.

HÉCTOR.- ¿Qué?

EVELINA.- Al rato vamos a merendar.

HÉCTOR.- Pero ahora es cuando tengo sed.

EVELINA.- Si te lo tomas luego no quieres cenar.

HÉCTOR.- Pues no ceno.

EVELINA.- El doctor...

HÉCTOR.- ¡Al carajo con el doctor!

EVELINA.- Ya te he dicho mil veces que no digas esas palabras, son vulgares.

HÉCTOR.- Diré entonces cara de ajo. ¿Así te gusta?

EVELINA.- Nuestro idioma tiene tan bellas palabras.

HÉCTOR.- Carajo también está en el diccionario y a mí me gusta. Ni modo de decir “ a la alborada el doctor” o algo parecido. Si estás enojado o molesto tienes todo el derecho a decir esa palabra u otras que son peores. Para eso están.

EVELINA.- Deberían quitarlas.

HÉCTOR.- Se inventarían otras iguales o parecidas. ¿Qué te parece la palabra Fonisunto o Carranungo? ¡ Carrinugo con los doctores! ¡ Fonisunto con la edad!

EVELINA.- Todas esas palabras las deben haber inventado los hombres.

HÉCTOR.- Sí, cómo no. ¿No oyes a las mujeres platicar entre ellas? Dicen más groserías que todos nosotros juntos. Basta y sobra con oírlas contar chistes. Se las saben de todas todas.

EVELINA.- No sé con qué clase de mujeres te juntas.

HÉCTOR.- Ahora vamos con las mujeres. Me imagino que ya terminamos el capítulo de las leperadas.

EVELINA.- Prefiero hablar de otra cosa.

HÉCTOR.- ¿Cómo? Si las mujeres han sido tu tema preferido durante años.

EVELINA.- Pero ya no ahora.

HÉCTOR.- ¿Ya no me celas? Vaya.

EVELINA.- Repito que ya estás viejo.

Héctor ríe dolido

HÉCTOR.- Con que esas tenemos. Ya no puedo conquistar mujeres, ya no doy una, como quien dice. Pues fíjate que estás muy equivocada.

EVELINA.- No he dicho una sola palabra de todo eso. Lo único que dije es que estás viejo.

HÉCTOR.- ¿Y?

EVELINA.- Que ahora me preocupa más tu salud que lo otro.

HÉCTOR.- Ah.

EVELINA.- Pero también es cierto lo que acabas de decir. Los hombres a tu edad...

HÉCTOR.- Eso serán otros.

EVELINA.- (*Ríe irónicamente*). Sí, los otros.

HÉCTOR.- (*Digno*). ¿Lo dices por algo?

EVELINA.- ¿Yo? ¿Cómo se te puede ocurrir? ¿No acabas de decir que para mí eso es pecado? Yo no quiero pecar. (*Vuelve a reír. Héctor digno va al barandal, ve hacia fuera. Evelina se acerca a él. Le toma una mano. Se recarga en él. Le acaricia el brazo*). Te voy a traer tu té.

HÉCTOR.- (*Digno*). Ya no lo quiero.

EVELINA.- ¿Te enojaste por lo que dije?

HÉCTOR.- No.

EVELINA.- Si no te estuviera viendo la cara te creería.

HÉCTOR.- Dijiste puras tonterías.

EVELINA.- Dije la verdad. Esas cosas son para los jóvenes.

HÉCTOR.- ¿Los viejos no tenemos derecho al sexo?

EVELINA.- Me imagino que sí, pero como muchas de nuestras cosas, sólo como recuerdo. Antes podíamos correr, subir montes, esquiar en la nieve, bailar hasta la madrugada, comer y beber hasta hartarnos.

HÉCTOR.- Yo puedo hacer todo eso todavía.

EVELINA.- Es hermoso soñar.

HÉCTOR.- No son sueños.

EVELINA.- ¿Quieres tu té con azúcar?

HÉCTOR.- Ya sabes cómo lo tomo.

EVELINA.- Antes lo tomabas con azúcar, ahora lo tienes que tomar sin ella por tu diabetes. Así el sexo, antes...y ahora. Todo va cambiando.

HÉCTOR.- Por lo visto hoy tienes ganas de pelear.

EVELINA.- Todo lo contrario.

HÉCTOR.- Pues no parece.

EVELINA.- ¿Quieres que hablemos de otra cosa? Tú nomás di.

HÉCTOR.- No he podido terminar mi periódico, apenas terminé la página deportiva; eso es lo que quiero hacer. Dicen que van a ganar los republicanos y que el presidente...

EVELINA.- Tienes toda la noche para leerlo. Mira, ya se va a poner el sol.

HÉCTOR.- Veo puros edificios.

EVELINA.- Cuando compramos este departamento se veía el lago. ¿Te acuerdas? Era muy bonito.

HÉCTOR.- Lo vimos un solo año, después construyeron enfrente. Maldita la hora en que compramos en este lugar.

EVELINA.- No refunfuñes, bien que te has divertido viendo las ventanas de los que viven frente a esta terraza.

HÉCTOR.- No miro nada, sólo hay oficinas.

EVELINA.- Y en las oficinas hay secretarias, muchas secretarias: altas, güeras, jóvenes, bellas.

HÉCTOR.- Las secretarias bonitas sólo se ven en la tele, enfrente hay puras gordas y viejas.

EVELINA.- Menos mal que reconoces que ves la tele, siempre dices que yo soy la que la veo.

HÉCTOR.- Veo los noticieros.

EVELINA.- Y las películas, y los programas de humor, y los deportes, y...para qué sigo. Ves todo.

HÉCTOR.- En algo me tengo que entretener.

EVELINA.- Siempre peleando por la jubilación y después de ella no se sabe que hacer con el tiempo. Deberían dejar que uno trabaje hasta que se muera. Eso sí sería bonito, morir siendo activo.

HÉCTOR.- En esto tienes razón. A mí me gustaría morir frente a mi aparato de computación dirigiendo todos los vuelos del mundo. Era tan hermoso verlos llegar. Uno de Air France seguido por otro de Varig y haciendo cola otro de Lufthansa y hasta atrás uno de Mexicana de Aviación. Todo el mundo llegando al mismo tiempo. (*Se levanta y se coloca como un agente de tránsito. Empieza a dirigir la llegada de aviones*). ¡ Adelante avión africano con negros como el zapote, avión chino con amarillos como yemas de huevo, avión de Islandia con blancos como hojas de papel, avión con rojos como granadas de Estados Unidos. No se me amontonen, entren uno a uno!

EVELINA.- ¿Por qué pones al avión mexicano hasta el último?

HÉCTOR.- Bueno, primero el de Mexicana de aviación, después el de Iberia. En el campo del aeropuerto sí hay democracia, no hay racismo. Todos juntos.

EVELINA.- Pero no revueltos.

HÉCTOR.- Pero eso ya no lo veré más. Cuando mucho veré pasar desde esta ventana algún avión. Pero sí, allá me hubiera gustado morir, en medio del ruido, del movimiento, de las prisas, de los miedos, de las risas, de las bromas. Ahora moriré aquí, en silencio, a la mejor sólo con el sonido de la televisión y eso si es a la hora en que la veo.

EVELINA.- De eso quiero hablar, de nuestra muerte. La tuya y la mía. No deben estar tan lejanas.

HÉCTOR.- La mía será primero, ya sabes, el infarto, la diabetes, los años.

EVELINA.- Yo no estoy sana.

HÉCTOR.- Claro que no, sólo tienes Sida, cáncer y tuberculosis.

EVELINA.- Estoy hablando en serio.

HÉCTOR.- La muerte vendrá cuando tenga que venir, ni un minuto antes ni uno después. Lo que no sabemos es cómo. Puede ser por enfermedad, por atropellamiento, por asalto o por congestión alcohólica, que es como tú crees que voy a morir pero no se te va a hacer.

EVELINA.- Sigues hablando en broma y para mí esto es muy importante.

HÉCTOR.- Es curioso, por primera vez estamos tocando un punto nuevo. Pensé que ya no teníamos ninguna cosa novedosa como plática. La muerte es un buen tema.

EVELINA.- Ya hablamos de ella cuando hicimos nuestros testamentos.

HÉCTOR.- Era muy diferente. Lo hace uno pensando que la muerte nunca va a llegar o que tardará mucho tiempo. El testamento es para llenar un requisito por si las moscas, pero nada más. Ahora estás hablando de muerte real, de una muerte próxima. ¿Será el día

de hoy, la semana próxima, este año? (*Preocupado*) Espera ¿Acaso te sientes mal, tienes algo que yo no sepa?

EVELINA.- No.

HÉCTOR.- ¿Entonces por qué hablar de esto?

EVELINA.- Por una sola razón. No quiero morir en este país, quiero morir en mi tierra, en México.

HÉCTOR.- Lo podrás hacer. Pero hasta que yo me muera. Entonces te podrás ir.

EVELINA.- Sabes que no lo haría. No te podría dejar aquí en el panteón.

HÉCTOR.- Te puedes llevar mis cenizas.

EVELINA.- O nos morimos los dos allá o nos morimos los dos acá. Quiero que por esta vez me complazcas.

HÉCTOR.- Lamento tener que decirte que no.

EVELINA.- ¿Por qué no?

HÉCTOR.- Aquí tengo todo, allá no tengo nada.

EVELINA.- ¿Qué tienes aquí?

HÉCTOR.- Tú lo sabes.

EVELINA.- ¿Tus hijas, tus nietos?

HÉCTOR.- A ninguno de ellos les importo.

EVELINA.- ¿Entonces?

HÉCTOR.- No me hagas hablar.

EVELINA.- ¿Tu dinero, este departamento?

HÉCTOR.- Esos te importan a ti, no a mí.

EVELINA.- Habla.

HÉCTOR.- Disfrutas haciéndome sufrir.

EVELINA.- Ya sé. Nuevamente es Leonardo.

HÉCTOR.- Nuevamente y siempre.

EVELINA.- Déjalo.

HÉCTOR.- Lo dices porque no es tu hijo.

EVELINA.- Un hijo mío sería totalmente distinto.

HÉCTOR.- Confiesa que nunca lo quisiste.

EVELINA.- ¿Debí hacerlo? ¿No bastó con lo que le di?

HÉCTOR.- ¿Qué le diste? No recuerdo.

EVELINA.- Dejé que viniera a mi casa, que estuviera con mis hijas.

HÉCTOR.- Eran sus hermanas.

EVELINA.- Medio hermanas.

HÉCTOR.- Dejaste que viniera para tratarlo...

EVELINA.- Como se merecía.

HÉCTOR.- Era un joven, casi un niño.

EVELINA.- Un niño mal educado. Pero qué se podía esperar teniendo un madre como la que él tuvo.

HÉCTOR.- Ya está muerta.

EVELINA.- Por ella no voy a poder ir al cielo ahora que muera. Dios no permite la entrada a los que odian como yo la he odiado...

HÉCTOR.- Y como la sigues odiando.

EVELINA.- Sí.

HÉCTOR.- ¿En ti no hay perdón?

EVELINA.- Te perdoné a ti.

HÉCTOR.- Y el odio hacia ella lo trasmitiste a mi hijo ¿No es así?

EVELINA.- Supongo que sí.

HÉCTOR.- Entonces tampoco a mí me has perdonado.

EVELINA.- ¿No vives conmigo acaso, no te estoy pidiendo que nos vayamos a México juntos, que quiero morir donde tú mueras?

HÉCTOR.- Sabes que quiero a Leonardo, a mi hijo, más que a nada; al odiarlo a él me odias a mí.

EVELINA.- Dejemos por la paz a ese muchacho.

HÉCTOR.- Tú fuiste la que trajiste el tema a colación, no yo. Hace años que no te lo nombro.

EVELINA.- ¿Lo sigues visitando?

HÉCTOR.- Si quieres saberlo, sí.

EVELINA.- Me habías dicho lo contrario.

HÉCTOR.- Porque sé que no te gusta que lo haga. Me he callado para complacerte.

EVELINA.- Así me has de mentir en todo.

HÉCTOR.- Vamos mejor a merendar, no quiero enojarme.

EVELINA.- El que miente eres tú. Me mentiste cuando te viniste la primera vez a vivir a

este país, me dijiste...

Cambio de luces. Se escucha una marimba tocando “Dios nunca muere” ahora Evelina y Héctor son jóvenes. Están sentados tomados de la mano. Se les ve enamorados. Se sonríen un largo momento. Se escuchan campanas sobre la música que permanece durante todo el diálogo de play back.

EVELINA.- ¿Escuchas las campanas?

HÉCTOR.- No.

EVELINA.- Cómo que no. Son las campanas de catedral. Óyelas.

HECTOR.- No escucho nada.

EVELINA.- ¿Estás sordo o qué?

HÉCTOR.- Tú me tienes sordo, mudo y ciego. No oigo nada más que tu voz, no veo nada más que tu rostro, no puedo hablar para decir todo lo que siento por ti, para gritar mi amor.

EVELINA.- Las campanas son como el latir del corazón de Oaxaca. Siéntelas, son muy bellas.

HÉCTOR.- No como tú. Tú eres lo más bello que se ha creado en el universo.

EVELINA.- (*Ríe*). Siempre tan exagerado.

HÉCTOR.- Eres tan bella como nuestra música.

Los dos se levantan. Se abrazan. Bailan un momento el vals. Se sonríen ampliamente. Se recargan en el barandal.

EVELINA.- Ojalá y nuestro amor dure tanto como esas torres de catedral.

HÉCTOR.- Se ven tan hermosas con la luz de la luna.

EVELINA.- No las cambio por ningún otro paisaje.

HÉCTOR.- Necesito hablar contigo.

EVELINA.- Eso estamos haciendo.

HÉCTOR.- Vamos a sentarnos, es difícil decir lo que tengo que proponer.

Van y se sientan. Evelina lo toma de las manos. Le sonrío enamorada.

EVELINA.- Ya sé lo que me vas a pedir.

HÉCTOR.- ¿De verdad?

EVELINA.- ¡Deseas tener un hijo! ¿No es así? Ya tenemos más de dos años de casados y...

HÉCTOR.- No es eso.

EVELINA.-¿ No, entonces?

HÉCTOR.- Prométeme no...

EVELINA.- ¿Tratas de decir que ya no me quieres?

HÉCTOR.- No, eso no, tú sabes que eres lo que más amo en la vida.

EVELINA.- Si es así no tiene importancia lo que vayas a decir.

HÉCTOR.- Sí la tiene. Tenemos que separarnos una temporada.

EVELINA.- ¿Qué? ¿Separarnos por qué?

HÉCTOR.- Estuve con Melquíades, me propuso que me fuera a trabajar con él a Chicago. (*Evelina se queda muda de la sorpresa un momento. Ve a Héctor como si estuviera hipnotizada. . Separa sus manos de las de él*). ¿Me escuchaste?

EVELINA.- Sí.

HÉCTOR.- La situación en el país es difícil, mi negocio no mejora, debo ya mucho dinero. Allá todo es distinto. Ya ves a Melquíades, con lo que trajo compró una casa para su familia además de un auto. Ahora va a regresar para juntar dinero para unos terrenos. Dice que trabajando juntos vamos a ganar mucho más. Él tiene quien me arregle los papeles para ir.

EVELINA.- Cuando nos casamos juramos estar siempre juntos.

HÉCTOR.- No será por mucho tiempo, un año o dos, no más.

EVELINA.- Si tú te vas yo me voy contigo, también puedo trabajar allá.

HÉCTOR.- No, tú eres de aquí, amas lo de aquí, lo de allá no te va a gustar.

EVELINA.- Eso no me importa. Quiero estar contigo.

HÉCTOR.- Voy a vivir con Melquíades, no hay lugar para más gente. Si empiezo a ganar te prometo alquilar un cuarto y llevarte conmigo, pero en este momento no puede ser.

EVELINA.- Tú lo que quieres es separarte de mí. Di que ya no me quieres, que esperabas que te diera un hijo y no te lo he dado, que ya no te gusto. Di la verdad por dura que sea.

HÉCTOR.- Te juro por lo que más creas en que tú eres todo para mí, que eres la mujer

más bella. Créemelo, te amo sobre todas las cosas.

EVELINA.- Si me amaras tanto no te tratarías de ir. Aquí no nos falta nada.

HÉCTOR.- Nos puede faltar por cualquier causa: sequías, encarecimiento, enfermedades...y para que seguirle. Vivimos al día.

EVELINA.- Ya te dije que también yo puedo trabajar, con lo que ganemos entre tú y yo podremos...

HÉCTOR.- Eso no. Me casé para mantenerte no para que me mantengas.

EVELINA.- No es para eso, es para ayudar.

HÉCTOR.- Nunca trabajarás. ¡Nunca! No te dejaré que lo hagas. ¡Lo juro por Dios y la Virgen!

Se acerca a ella. La abraza y la besa. Ella llora apoyada en su hombro. Cambio de luces. Nuevamente están en la época actual. Evelina sonríe con ironía.

EVELINA.- Y ya ves, tú te viniste a pesar de mi ruego. Dos años después me trajiste y a pesar de lo que juraste tuve que trabajar para que nos alcanzara.

HÉCTOR.- Nunca imaginé que fuera tan difícil y tan caro todo.

EVELINA.- Días, semanas, meses, años, trabajando de día y de noche para que nos alcanzara, dejando a nuestras hijas solas encerradas en un cuarto, sufriendo las privaciones, los insultos, la discriminación, los gritos, calores que te queman por dentro y fríos que te congelan

HÉCTOR.- Ahora tenemos todo esto.

EVELINA.- ¿Cuál es todo esto? ¿El departamento, nuestro auto, unos cuantos dólares en el City Bank of Amerika?

HÉCTOR.- Hemos vivido muy bien.

EVELINA.- Los últimos años.

HÉCTOR.- En Oaxaca nunca habríamos logrado tener un capital. ¿Cuántos allá tienen departamento, auto, aparatos, aire acondicionado y todo lo demás? Muy pocos. La minoría.

EVELINA.- A la mejor nosotros tampoco los tendríamos, pero habríamos vivido como seres humanos. Aquí nunca nos han aceptado en la totalidad, seguimos siendo de la raza

apestada, la de los prietos, de los del tercer mundo. Les olemos mal, no somos bellos según el punto de vista de ellos, nuestra lengua les molesta y por eso la prohíben en las escuelas. Lo único nuestro que les gusta es el tequila y párale de contar.

HÉCTOR.- No te quejes.

EVELINA.- ¿Por qué no lo voy a hacer? Es lo único que puedo, quejarme. Y no sólo por lo que perdí, por lo que dejé, por los años que viví sin disfrutar un solo momento, sino también por el futuro.

HÉCTOR.- No se puede uno quejar por lo que aún no sucede.

EVELINA.- Me quejo porque ya sé lo que va a suceder. Quedaremos tú y yo solos, desprotegidos, abandonados. Si bien nos va nos llevarán a un asilo, pero lo más seguro es que muramos aquí sin que nadie se de cuenta.

HÉCTOR.- No seas pesimista.

EVELINA.- No es pesimismo, es ver la realidad como es. De balde tanto trabajo, tanto esfuerzo.

HÉCTOR.- Recuerda que tú fuiste la que quiso trabajar, yo no te obligué..

EVELINA.- También lo quise en Oaxaca cuando te ibas a venir. ¿No te pedí trabajar contigo, en tu taller? Tú me contestaste que nunca lo haría, que querías verme en mi hogar, disfrutando y educando a mis futuros hijos, que yo era lo único importante para ti en esta vida y que tenías que cuidarme y consentirme.

HÉCTOR.- Así es.

EVELINA.- Ni la burla perdonas. No había pasado ni medio año cuando te enredaste con esa Mercedes. Y no me vayas a salir ahora que fue una aventura pasajera, que duró sólo un día. Vivieron juntos, tuvieron un hijo. Ambas cosas me las ocultaste por muchos años.

HÉCTOR.- Por favor...No vuelvas a...

EVELINA.- (*Irónica*). El señor no quiere que le recuerden nada, no quiere que le digan nada. Claro, él es el macho.

HÉCTOR.- No quiero repetir lo mismo por enésima vez.

EVELINA.- ¿Por qué no? Si lo repites a la mejor logras por fin convencerme, hasta ahora no lo has logrado.

HÉCTOR.- Te dije que estaba solo, desesperado, triste. Mercedes...

EVELINA.- No la nombres delante de mí.

HÉCTOR.- Tú eres la que la nombras.

EVELINA.- Dices que estabas solo, desesperado, ¿y yo qué? Yo también estaba igual en Oaxaca y no por eso me eché un amante. Qué fácil ¿no? Estoy triste y busco una mujer para consolarme. Bonita manera... ¿A ver, dime, por qué no te regresarte conmigo si te sentías tan solo? Yo era tu esposa.

HÉCTOR.- ¿Debí hacerlo, debí dejar todo?

EVELINA.- Por supuesto. Pero no, cómo lo ibas a hacer si ya tenías a otra que te cocinara, que te consolara.

HÉCTOR.- Pude no habértelo dicho nunca.

EVELINA.- No me lo dijiste, lo supe por boca de Leonardo, tu hijo. (*Imita al hijo de Héctor*). “Perdone señora... ¿aquí vive el señor Héctor Díaz? Dígale que lo busca su hijo, Leonardo” Y frente a mí estaba el muchacho más sucio, más feo que he visto en mi vida. Con greñas largas, con arete en la oreja, tatuado, con los ojos colorados. En esa época no sabía que así se ven los drogadictos. Quería dinero, mucho dinero. Cuando le dije que no estabas se puso furioso, gritó, pateó el suelo, casi tira la puerta. Me exigió que yo se lo diera.

HÉCTOR.- De eso también ya hemos hablado. ¿Por qué siempre tienes que estar sacando los trapitos al sol? ¿Siempre tenemos que estar hablando de lo mismo? ¿No te cansa?

EVELINA.- No. A mí no me importa repetir las cosas una y otra vez para que se fijen, para que duelan más. Algún día me dijiste que era masoquista, que me encantaba sufrir. No me importa.

HÉCTOR.- Ahorita vengo. (*Se levanta para salir*).

EVELINA.- ¿Me vas a dejar como siempre con la palabra en los labios?

HÉCTOR.- No.

EVELINA.- ¿Dónde vas?

HÉCTOR.- Por una cerveza. Tengo calor.

EVELINA.- Ya sabes que no debes tomar.

HÉCTOR.- Y tú sabes que no debes tocar ciertos temas y lo estás haciendo. En eso habíamos quedado.

EVELINA.- Ve por ella, bébela, muérete. Eso has de querer.

HÉCTOR.- Si uno pudiera morir nada más con deseirlo...

EVELINA.- ¿Tú lo deseas?

HÉCTOR.- Ahora vuelvo.

Héctor sale. Evelina queda muy nerviosa. Trata de arreglar la mesa o lo que esté desordenado en la terraza. Abatida se sienta. Regresa Héctor con una cerveza de lata y un refresco también de lata. Se lo da a Evelina. Ella lo toma y lo pone sobre la mesa.

HÉCTOR.- ¿No quieres?

EVELINA.- Es una de las mil cosas que no puedo acostumbrarme de este país. No puedo beber en lata.

HÉCTOR.- Voy por un vaso.

EVELINA.- Déjalo, no tengo ganas.

Héctor sin decir nada se sienta. Empieza a beber. Evelina lo observa. Tampoco dice nada. Así permanecen un largo momento que es tenso.

EVELINA.- ¿No extrañas tu tierra?

HÉCTOR.- A veces.

EVELINA.- Yo siempre. Extraño el clima, la comida, la gente. Allá siempre teníamos sol, aquí vivimos en sombras.

HÉCTOR.- Existe un dicho que dice que el que a buena sombra se arrima y nosotros nos acercamos a esta, nos cobijamos muchos años en esta sombra que tú dices. En México estábamos descubijados, expuestos a todo.

EVELINA.- Aquí estamos expuestos al desamor, al abandono, a la soledad. ¿Qué crees que van a hacer con nosotros dos nuestras hijas si uno queda viudo? Pedirán que nos las arreglemos como podamos. Cuando mucho nos llevarán a un asilo o algo parecido para quedarse con el departamento.

HÉCTOR.- Así se usa aquí.

EVELINA.- Pero no allá. Allá el viudo o la viuda son apoyados y ayudados por toda la familia: tíos, primos, hermanos, hijos, nietos. Tengo pavor de que alguno de nosotros quede solo. ¿Has pensado alguna vez que va a ser del que quede así, qué vas a hacer tú si yo muero y que voy a hacer yo si tú mueres?

HÉCTOR.- Tú serás esa. Yo moriré primero de seguro.

EVELINA.- Vamos a suponer que tengas razón, que tú mueras primero.

Héctor la mira un largo momento. Medita sobre lo que acaban de hablar. Sabe que ella tiene razón.

HÉCTOR.- Tú...

EVELINA.- ¿Me puedes imaginar aquí, sola, sin poder moverme, sin poder ir a ningún lado ya que no manejo por mi vista? Cuando mucho podré salir un día a la semana al mercado en taxi. ¿Y el resto de la vida? ¿Lo tendré que pasar encerrada en un departamento como si fuera una cárcel, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, viendo en las paredes cómo pasa el tiempo, recordándote, esperando que me toque también la hora de morir?

HÉCTOR.- Cómo puedes comparar la vida en un departamento como este, en una colonia como en la que nosotros vivimos con una prisión. Aquí tienes, y lo repito, libertad. Las cárceles son...

EVELINA.- Ya sé lo que son las cárceles. En ese lugar al menos convives con otras personas, aquí ni eso, los vecinos cuando mucho te dan el buenos días y párale de contar. (Imita a varios vecinos. Camina como ellos. Sonríe ampliamente y levanta el brazo como ellos). ¡ Hai, hai, hai, hai! (Ahora se pone seria). Como si con puros haies pudiera uno vivir.

HÉCTOR.- En la cárcel se sufre.

EVELINA.- ¿Lo dices por tu hijo?

HÉCTOR.- Por él y por los demás.

EVELINA.- Es la forma de pagar el daño que le hicieron a la sociedad. Pero yo no le he hecho daño a nadie. Ni he robado, ni me he metido en drogas, ni he dejado de pagar los taxes, ni...

HÉCTOR.- Mi hijo tampoco.

EVELINA.- Pensar que por un ladrón, un drogadicto, un delincuente no quieres ir a pasar los últimos años en paz en el lugar donde nacieron tus padres y tú mismo. Ese muchacho tiene más poder en ti que yo, mis hijas y nuestros nietos. Por él haces lo que sea. Mucho de nuestro capital se ha ido en él. Y eso no es justo. ¿Quién nos va a mantener si perdemos lo poco que nos queda, él?

HÉCTOR.- Es poco lo que nos falta por vivir, no necesitamos mucho dinero.

EVELINA.- Estás equivocado. Es cuando más se necesita. Piensa sólo en las enfermedades, en los gastos diarios, en el transporte. Yo no quiero ir a parar a una casa de ancianos como las que he visto, donde tratan a los que caen ahí peor que a animales. “No tire la comida, no se orine en la ropa, no se duerma en esa silla, no agarre eso, ¡no...no...no!” ¿No los has visto caminar? Lo hacen en fila bajo la orden de una mujer que les grita. “¡Hora de comer, hora del baño, hora de caminar!” Mejor debería decir: ¡Hora de morir! Antes prefiero la muerte que ir a un lugar de esos.

HÉCTOR.- Tenemos nuestra pensión.

EVELINA.- Que no nos va a servir de mucho. Un poco se les da a las hijas, un mucho se va en tu hijo, el resto no es nada.

HÉCTOR.- Dios proveerá.

EVELINA.- ¿Tú hablando de Dios? ¿No que no crees en Él?

HÉCTOR.- En Él sí, otra cosa es la iglesia.

EVELINA.-¿Cuál de todas? ¿La metodista, la católica, la anglicana, la judía, la mormona?

HÉCTOR.- Todas son igual.

EVELINA.- Sólo hay una verdadera.

HÉCTOR.- ¿Cuál? Qué bueno que me lo digas para saberlo.

EVELINA.- Tú fuiste católico mientras viviste en Oaxaca.

HÉCTOR.- De joven se puede ser cualquier cosa: católico, comunista, anarquista, librepensador, poeta, bailarín, vagabundo...

EVELINA.- Drogadicto como tu hijo.

HÉCTOR.- Sí, también se puede ser eso. Tengo la seguridad que los jóvenes caen en el vicio por influencia de los demás, de los que los rodean. Los muchachos no pueden resistir a la frase de “si eres tan hombre” o “¿Acaso eres un niño?” Eso es más fuerte que el placer que les anuncia si la consumen. El hecho es pertenecer a algo aunque sea a grupos de marihuana. Los jóvenes necesitan identificarse con algo o alguien, sobre todo si no se identifican con la familia, el país, o la escuela. Después, con la edad, todo cambia, uno ya no es tantas cosas, se van perdiendo los ideales.

EVELINA.- Ideales falsos.

HÉCTOR.- Falsos o verdaderos pero ideales.

EVELINA.- Estás buscándoles justificación y no la tienen. Son viciosos porque así

nacieron. Es su sangre.

HÉCTOR.- Si es su sangre entonces yo también debo ser drogadicto. Mi hijo tiene mi sangre.

EVELINA.- Tiene la de su madre y esa....

HÉCTOR.- ¿Esa qué?

EVELINA.- ¿No lo sabes? Se acostaba con todos y entre esos todos estás tú por si no lo recuerdas.

HÉCTOR.- Si lo hubiera olvidado tú te encargas de recordármelo a cada momento. Ya pasaron más de veinte años de aquello y sigues, y sigues, y sigues. No entiendo cómo no te cansas.

EVELINA.- Sea, no voy a hablar más de ella...por el día de hoy. Sigamos hablando de tu hijo.

HÉCTOR.- Está enfermo. Eso es todo.

EVELINA.- A mí me hace gracia oír que están enfermos cuando lo que tienen es un vicio. Lo mismo pasa con los alcohólicos. En la doble A dicen que el alcoholismo es una enfermedad. ¿Enfermedad? Sí, sí. Cómo no. Bien que les gustan los tragos como te gustan a ti.

HÉCTOR.- Segundo vicio mío. Primero las mujeres, segundo el alcohol. ¿Cuántos más tengo? Digo, para conocerme mejor.

EVELINA.- Con esos dos basta y sobra.

HÉCTOR.- ¿Sabes cuál es el tuyo?

EVELINA.- ¿El mío? ¿Cuál mío?

HÉCTOR.- Tu vicio.

EVELINA.- No tengo ninguno. El no poder perdonar no es un vicio.

HÉCTOR.- Tienes el de la soberbia. Tú eres la única sin pecado en este mundo, eres la pura, la santa.

EVELINA.- Pues aunque lo pongas en duda así es. No soy como...

HÉCTOR.- Dijiste que ya no ibas a hablar de ella.

EVELINA.- Si quiero hablo, nadie me lo va a impedir.

HÉCTOR.- Pues hablarás a solas. Yo me voy a ver la tele.

EVELINA.- No hemos terminado de hablar.

HÉCTOR.- Nunca lo vamos a hacer si sigues repitiendo todo, hablando de más.

Estábamos con lo de mi hijo.

EVELINA.- Más que de él hablábamos de su vicio. Lo bueno es que eso se tendrá que terminar. Al no tener drogas para consumir...

HÉCTOR.- ¿Tú crees eso?

EVELINA.- Las cárceles de Estados Unidos no son como las de México.

HÉCTOR.- ¿No?

EVELINA.- ¿Te ha dicho algo Leonardo? ¿Sigue consumiendo drogas?

HÉCTOR.- No, él no me ha dicho nada, pero basta con abrir los ojos cuando vas a esos lugares.

EVELINA.- De la cárcel saldrá ya viejo. No creas, algunas veces hasta lo compadezco. Pensar que no puede ir al campo, que no conocerá más mujeres que las que vayan a la visita, que...Y todo por las malditas drogas. ¿Acaso su madre no se dio cuenta, no pudo evitar que cayera en ese vicio? Tú lo veías seguido, ¿tampoco te fijaste que andaba en malos pasos? Yo el primer día que lo vi supe que era drogadicto.

HÉCTOR.- Los padres somos los que menos nos damos cuenta.

EVELINA.- Más bien di que no quieren darse cuenta.

HÉCTOR.- Puede ser.

EVELINA.- ¡Es!

HÉCTOR.- Desgraciadamente ya no tiene remedio.

EVELINA.- Bonita posición ante la vida. Las cosas malas no tienen remedio y por lo tanto hay que dejar que continúen, qué sean. Millones de jóvenes usan drogas, destruyen su cerebro, se vuelven inútiles y peligrosos, pero no importa, eso ya no tiene remedio. Qué el mundo se pudra, que todo lo bueno desaparezca. Nosotros no podemos ni queremos hacer nada para evitarlo.

HÉCTOR.- Queremos pero no podemos.

EVELINA.- Por supuesto que no. (*Irónica*). Todos estamos atados de manos, somos unos inútiles y unos cobardes. Sobre todo esto último. Nunca nos enfrentamos a nada. Lo bueno es que existen cárceles para que los que destruyan se pudran por el resto de sus vidas.

HÉCTOR.- Leonardo saldrá pronto, eso te lo puedo asegurar. No me importa que tenga yo que volver a trabajar o tenga que vender lo que nos queda. No puedo permitir que se pudra en una prisión como tú dices.

EVELINA.- Él nunca te ha buscado, no te quiere. Si te quisiera yo también lo podría querer, pero sólo te ha usado.

HÉCTOR.- Perla y Eloisa también me han usado y es posible, por no decir que seguro, que tampoco que quieran.

EVELINA.- Ellas tienen el mismo derecho que tu hijo a nuestros bienes, a lo poco que les podamos dejar.

HÉCTOR.- Ellas están libres, ellas pueden trabajar, se pueden casar. Él no.

EVELINA.- No es justo.

HÉCTOR.- Qué es justo en esta vida.

EVELINA.- No estoy de acuerdo.

HÉCTOR.- Pues lo lamento.

EVELINA.- Quiero mi parte.

HÉCTOR.- ¿Parte de qué?

EVELINA.- De mi dinero, de lo que vale este departamento.

HÉCTOR.- Veo que esto te está afectando más de lo que pensaba. Te estás volviendo loca. ¿Cómo está eso de que te de tu dinero?

EVELINA.- Es mío.

HÉCTOR.- Tendríamos que venderlo.

EVELINA.- Vamos a hacerlo. Aquí todo se puede vender.

HÉCTOR.- Sí, se puede vender pero perdiendo mucho dinero.

EVELINA.- Eso no importa.

HÉCTOR.- ¿Qué piensas hacer con tu parte?

EVELINA.- Yo sabré.

HÉCTOR.- No te daré nada. ¡Nada! ¿Entiendes?

EVELINA.- En ese caso tendré que gastar en abogados. ¡Quiero mi parte!

HÉCTOR.- ¿Para dársela a tus hijas, a ese par de buenas para nada? Si Leonardo es un drogadicto ellas son unas mantenidas, unas desagradecidas que toda la vida han abusado de ti.

EVELINA.- Mentira.

HÉCTOR.- Tú les cuidas a sus hijos mientras se divierten; ellas nada más vienen y te los dejan sin preguntar siquiera si puedes; tú te vas a cuidar sus departamentos para que ellas se vayan de vacaciones, tú estás en el hospital cuando se enferman, Tú les cocinas, les

coses su ropa, les...

EVELINA.- Esos son los deberes de una madre.

HÉCTOR.- ¿Cuándo has visto a una norteamericana hacer lo que tú haces?

EVELINA.- Yo soy mexicana.

HÉCTOR.- Y como buena mexicana te han visto la cara las dos. Ahora quieres darles lo único que tienes y que les servirá para cambiar de auto o para algo parecido.

EVELINA.- Tu dinero lo vas a gastar en Leonardo, yo lo voy a gastar en ellas. Así de fácil.

HÉCTOR.- ¿Es tu última palabra?

EVELINA.- Sí.

HÉCTOR.- ¿Lo dices en serio?

EVELINA.-¿ Acaso me estoy riendo?

HÉCTOR.- Tú sabes que mi hijo...

EVELINA.- No quiero saber nada de él, no quiero volver a oír su nombre en esta casa, no me importa lo que le pase o deje de pasar. ¿Está claro?

Héctor asiente con la cabeza. Se derrumba en su asiento. Termina de tomar su cerveza. Su mujer lo mira. Él se levanta y ya sin esconderse saca los cigarros, enciende uno. Evelina lo mira sin decir nada. Héctor tose primero poco, después tiene un acceso. Evelina, sin decir nada se acerca, le arrebató el cigarro, lo apaga en el piso. Tira la cajetilla hacia la calle. Llora.

EVELINA.- Vámonos a Oaxaca. Te lo ruego.

HÉCTOR.- ¿Y lo del dinero?

EVELINA.- Será para nosotros dos y cuando muramos se les quedará a ellos. Nunca he disfrutado la vida, déjame ser feliz aunque sea unos meses en mi tierra.

HÉCTOR.- ¿Te es tan necesario?

EVELINA.- Sí. Nunca debí haber salido de allá.

HÉCTOR.- Hagamos una cosa, vete unas semanas, unos meses...

EVELINA.- ¿Y tú?

HÉCTOR.- Yo me quedaré a esperarte.

EVELINA.- Estás enfermo.

HÉCTOR.- Tengo mi tarjeta de salud, puedo ir al hospital y si me pongo mal pedir que vengan por mí en ambulancia.

EVELINA.- Estarías muy solo.

HÉCTOR.- No te preocupe eso. Dedicaré más tiempo a la televisión y me sentaré aquí a mirar el resplandor del sol.

EVELINA.- ¿No te haré falta?

HÉCTOR.- Mucha, muchísima. Pero quiero que seas una vez en la vida feliz. Eso es lo que me acabas de pedir. Veo que conmigo nunca lo fuiste.

EVELINA.- La felicidad no la da solamente el compañero. La da la tranquilidad, la seguridad económica, la familia... ¿Yo qué tuve? Trabajo y más trabajo, trabajo hasta las nueve de la noche pues había que ahorrar. Fui una mala madre, una mala esposa y ahora una mala compañera. No es raro que mis hijas se comporten como lo hacen. No tuvieron madre presente.

HÉCTOR.- Padre tampoco.

EVELINA.- Tampoco.

HÉCTOR.- En resumen somos un fracaso. Malos padres, perdedores económicamente, sin amigos, sin nada a qué aferrarnos. Sólo tres hijos que...

EVELINA.- Tenemos nuestra tierra, tenemos nuestro amor.

HÉCTOR.- ¿Tú me amas?

EVELINA.-¿ Lo dudas?

HÉCTOR.- Sí, te he lastimado mucho en la vida para que todavía me ames. Te engañé con otra mujer, tuve un hijo con ella, te obligué a venir a este lugar, tuviste que trabajar años y años...

EVELINA.- No sigas.

HÉCTOR.- Si estás aquí es por lástima, por verme viejo y enfermo, no lo hagas. Vuelve a Oaxaca con tus hermanos, con tus sobrinos, con tus amigos. Vuelve a disfrutar del sol, de la comida.

EVELINA.- ¿Tú piensas que he soportado todo lo tuyo, tus enojos, tu roñés, tus copas, tus cigarros, tu olor, tus quejas, tu injusticia conmigo y con tus hijas...y para qué seguir, sin amarte de verdad? Estaría yo tonta. La otra causa para estar contigo pudiera ser que fueras muy rico, pero eso no eres.

HÉCTOR.- Ven.

Héctor le tiende la mano. Ella va a sentarse con él. Héctor la acaricia. Ella se deja.
Permanecen un largo rato abrazados.

HÉCTOR.- Gracias por haberme amado.

EVELINA.- No me estoy muriendo para que me digas eso.

HÉCTOR.- A la mejor yo sí. Lo de hoy es una especie de muerte, quizá la más cruel.

EVELINA.- ¿De qué hablas?

HÉCTOR.- Nuevamente vamos a separarnos como cuando empezamos. Ahora eres tú la que se va a ir y será para siempre. Yo me quedaré mientras tenga fuerza, después no lo sé. Lo más seguro es que me de otro infarto y tan, tan, se acabó todo. Y no lo digo para chantajearte, lo digo porque es verdad.

EVELINA.- Ya sabes que no lo haré, nunca me iré sin ti y menos sabiendo lo que me acabas de decir. Pude haber sido todo lo mala que acabamos de decir, mala madre, mala esposa...pero no soy capaz de dejarte enfermo. Si te llegara a pasar algo nunca podría perdonármelo.

Larga pausa en que él la mira, cambia varias veces de expresión, frunce las cejas,
levanta los hombros. Se golpea las manos entre sí. Al fin decide.

HÉCTOR.- No sé cómo lo logras pero siempre ganas. Me iré contigo, iré a oír esas campanas de catedral y a comer mole negro al mercado. Tengo una larga deuda contigo y quiero pagarla en esta forma.

EVELINA.- ¿Lo estás diciendo en serio?

HÉCTOR.- Sí, venderemos el departamento y nos compraremos una pequeña casa allá.

Si alguno de nuestros hijos o nietos se quiere ir con nosotros...

EVELINA.- Eso sería maravilloso, te imaginas todos allá juntos.

HÉCTOR.- No se diga ni una palabra más del asunto, ahora ponte de pie, ve a la cocina y prepárame algo de merendar. Ya tengo hambre.

EVELINA.- Gracias. Mil millones de veces...gracias. Ahora sé que valieron la pena tantos esfuerzos, tantos sacrificios.

Evelina se recarga en él. Lloro de felicidad. Él la acaricia. Su cara denota tristeza. Ella lo observa.

EVELINA.- ¿Te duele irte?

HÉCTOR.- Eso no importa.

EVELINA.- ¿Es tan fuerte para ti dejar a Leonardo?

HÉCTOR.- Él es el único que puede perpetuar mi nombre, el de mi familia. Es el único varón.

EVELINA.- Ya no es tan joven, saldrá ya siendo un viejo para tener hijos.

HÉCTOR.- Los hombres pueden tener hijos a cualquier edad. El saldrá cuando cumpla cincuenta y cinco años de edad, todavía....

EVELINA.- Tienes razón. De hoy en adelante iremos los dos a visitarlo, procuraremos inculcarle en alguna forma que sea mejor, que ame a la vida. Él será el hijo que no pude darte.

HÉCTOR.- En menos de un mes podemos marcharnos. La mayoría de las cosas se las podemos dejar a las hijas, lo demás lo vendemos o regalamos. Nunca falta algún compatriota que...

EVELINA.- No vamos a ir a ningún lado. Este es el lugar que escogiste para vivir. No me importa si es mejor o peor. Tienes un motivo para quedarte y yo debo respetarlo.

HÉCTOR.- Tú extrañas tu tierra...

EVELINA.- Mi tierra eres tú y en ti moriré.

HÉCTOR.- Yo moriré en ti, contigo.

EVELINA.- Moriremos juntos. Uno en el otro.

HÉCTOR.- Uno en el otro.

Se abrazan un largo rato. Los dos se acercan al barandal. Debe darse la idea de que él tiene un fuerte dolor de pecho que puede ser debido a un infarto. Respira hondo. Ella por llorar no se da cuenta. Él respira hondo. Puede controlar su dolor. Se miran a los ojos. Se abrazan. Se besan. Regresan a la terraza para entrar al departamento. Se escucha nuevamente la pieza “ Begin the begin” junto con sonido de campanas y mezclada con “Dios nunca muere” en marimba.. Él camina con dificultad. Baja el volumen de la

música. Cuando al parecer se va a dar fin a la obra se escucha un grito de Evelina.

EVELINA.- ¡Héctor, qué te pasa. Dios mío!

Vuelve a subir el volumen de la música para quedar al final sólo el sonido de campanas que pueden recordar el toque de campanas a muerto.

Lentamente se va cerrando el telón.

•

FIN

ENERO DE 1999

RESUMEN: UN MATRIMONIO QUE VIVE EN ESTADOS UNIDOS SABE QUE LE QUEDA MUY POCO TIEMPO DE VIDA PUES YA SON ADULTOS MAYORES. ELLA PIDE REGRESAR A SU PUEBLO EN MÉXICO. ÉL NO ESTÁ CONVENCIDIO PUES SUS INTERESES Y SU HIJO ESTÁN EN ESE PAÍS. VEMOS DIFERENTES PUNTOS DE VISTA SOBRE EL TEMA DE PERTENENCIA. AL FINAL AL VIEJO LE DA UN INFARTO.

PERSONAJES: DOS ACTORES, UN HOMBRE Y UNA MUJER YA DE EDAD

AVANZADA.